

## DE LAS CIUDADES VIEJAS

Yo guardo de las ciudades viejas, allá en lo hondo de el alma, en el lugar oculto donde se recatan las sensaciones que se gustan con íntimo deleite, un melancólico recuerdo.

He recorrido, en lo mas inclemente y riguroso de la estación invernal, cuando la nieve cubre las veredas del monte y el hielo endurece los caminos del llano, los pueblos seculares y tristes que asientan su partido caserio en el yermo de Castilla. Sus nombres, evocan memorias de fueros, suscitan rumores de armas. Y en la diligencia, cuya marcha riman el chirrido de los gastados ejes y el tembleteo de los vidrios rotos, pienso en el vivir miserable de estos lugares viejos, no por soleados alegres, ni por hidalgos ricos.

Frateras del sitiò que ocupo, sobre la rebosada banqueta del carricoche desvenecijado, se acomodan un labriego y una aldeana. Envuélvese el hombre en parduzca capa: es alto, huesudo, seco: cristaliza en sus ojos la serena tristeza de un crepúsculo castellano. La mujer, chata y recia, es trasunto y copia de la serrana de Malagosto, que con sano y burlesco regocijo, cantara el Arcipreste.

Habla el labriego, y su charla grave es continua y mansa queja. «Hogaño está la tierra muy castigada del cielo; las cosechas no se logran; la que respetan los hielos, la arrastran los pedriscos; están vacías las trojes, la vieja baldada, la yunta enferma.....»

La mujer, doliente y lacrimosa, le ataja con el relato de sus desventuras. «Es pastor el marido, y los frios del hatu son muchos: ella sola no puede cultivar su huertecillo; en la pasada primavera, la oruga se comió los frutales: la mora se seca á par del huerto.....»

Y su monótona quejumbre, se ahoga en la soledad y en el silencio de la planicie nevada. Por los girones de la niebla, asoman los rayos del sol de invierno y su caricia se extiende por el albo terruño. Ni una casa, ni un hombre. De trecho en trecho,

amarillean sobre la nieve las barbas de un rastrojo. Oyese lejano campaneo.

Una arboleda anuncia la proximidad del pueblo. El coche penetra en la villa entorreada, y el cascabeleo de sus colleras alegra las dormidas calles; luego se detiene frente á solarioga casa. El sol doró sus muros; ostenta floreados herrajes, zaguan espacioso y ancho portón, señoreado por nobiliario escudo. En uno de los balcones tiembla el visillo, y alzado por mano femenil y blanca, descubre el rostro pálido, la esbelta figura, la mirada soñadora y triste de mística doncella. Y yo pienso que acaso la llegada del coche, sea la nota alegre que rompa el monótono curso de una vida de meditaciones y rezos.

En demanda del correo, acude una moza. Un anciano acércase á las mulas chapoteando en el aguzal de la calleja. Una mujer, nos mira indiferente; otra aguja á un cerdo, que en su carrera sobre el faugo derriba á un chicuelo sucio. A grandes sorbos el zagal apura un jarro de alegre vinillo de ribera. Rítmicamente gotean las gárgolas de la casa noble.

Y otra vez la diligencia cruza los nevados campos de Castilla; y otra vez se detiene junto á la casa hidalga; y otra vez tiembla el visillo y pega á los cristales la frente marchita una doncella triste.

Al caer de la tarde llena mi corazón extraña melancolía. En la última parada el visillo no tiembla, ni tras los vidrios asoma la interesante figura de la muchacha enfermita. En el espacioso zaguan de la casa solariega, una anciana enlutada y llorosa, platica con una mujer del pueblo. Y oigo que la aldeana dice planídera:

«¡Pobre Señorita Ignacia!... ¡Que golpe para la señora!...»

Apura el zagal su último jarro, y la diligencia arranca de nuevo.

Envuelto en su parduzca capa, el labrador ronca; dormita la serrana, cabeciendo á compás de los tumbos del coche. Y yo, mientras el hombre ronca y la mujer dormita, forjo con el recuerdo de todas las frentes pálidas, de todos los ojos tristes, de todos los cuerpos lánguidos, una figura ideal de doncella, muy pálida y muy triste: